

La antropología en México



A diferencia de otros países, en donde la antropología sirvió para fines colonialistas, en México surge como una práctica en bien de los grupos marginados y por tradición explotados.

Eduardo Matos Moctezuma

ANTECEDENTES

El 20 de enero de 1911 abrió sus puertas la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas (EIAEA). Las pláticas para establecer en México dicha institución se remontaban a los años entre 1904 y 1908, en pleno gobierno porfirista, cuando el presidente de la Universidad de Columbia, Nicolas Murray Butler, entró en contacto con varios gobiernos e instituciones que finalmente unieron esfuerzos para llevar al cabo el proyecto. Los gobiernos de Prusia y Francia, las universidades de Harvard, Columbia y Pennsylvania y la Sociedad Hispánica de América —y, desde luego, el gobierno de México— decidieron crear la Escuela Internacional para acabar de formar en ella a especialistas que ya hubieran tenido relación con estudios de este tipo, a través

de becarios que cada país e institución fundadora patrocinara. La dirección de la escuela sería rotativa, y fue así como le correspondió ser su primer director a uno de los grandes sabios de principios del siglo XX, investigador del Museo Real de Berlín y especialista en religión mesoamericana: el doctor Eduard Seler. Al año siguiente asumió el cargo el doctor Frans Boas, a quien muchos consideran el padre de la antropología estadounidense. Después, y en forma sucesiva, fueron elegidos George Engerrand, geólogo, Alfred Tozzer y Manuel Gamio.

Como puede verse, la EIAEA empezaba sus actividades bajo el patrocinio de universidades de renombre y con la participación de reconocidos maestros, pero también bajo un clima inestable, debido al movimiento armado que empezó a gestarse en nuestro país. La inauguración la hizo en persona el presidente Porfirio Díaz. Sin embargo y afortunadamente, el proyecto continuó adelante y de esa manera fue base firme para el comienzo de una idea integral de la antropología que daría señalados frutos, como veremos en su momento.

Los primeros alumnos fueron Werne von Horschelman, becado del gobierno de Prusia; Isabel Ramírez Castañeda,

por Columbia y México, y Porfirio Aguirre y José Calvo, estudiantes del Museo Nacional de México. Sólo hasta el siguiente año aparecería el nombre de Manuel Gamio junto con los de J. Alden Mason, enviado por la Universidad de Pennsylvania, con inclinación en aspectos de lingüística, y W. Mechling, por la Sociedad Hispánica de América. Por su parte, Selser tenía interés en aspectos estratigráficos en arqueología, en tanto que Boas prestaba atención a temas lingüísticos y a materiales arqueológicos. Las actividades de la EIAEA fueron ricas y variadas, con visitas y

trabajos en distintos lugares, pero cabe resaltar la especial atención, tanto de maestros como de alumnos, en las distintas ramas antropológicas. Esto influyó de manera notable en Manuel Gamio, quien atraído primeramente por la arqueología, recibió la encomienda de realizar excavaciones en Azcapotzalco con la aplicación de una técnica estratigráfica, es decir, excavar por capas para el mejor control de los materiales. Esto permitía ver con claridad que en los estratos superiores se encontraban materiales cerámicos correspondientes a las culturas más tardías que habían ocupado el lugar, como la azteca, en tanto que en las capas intermedias había material teotihuacano y en las más profundas restos de lo que hoy llamamos preclásico. De esta manera, se establecía sin lugar a dudas la secuencia cronológica del sitio, lo que ponía orden en la hasta entonces confusa sucesión cultural de los distintos pueblos que se habían asentado en él.

Es importante agregar que era la primera ocasión en que se aplicaba en América la técnica de excavación estratigráfica, y le correspondió hacerlo a Manuel Gamio. Éste fue uno de los grandes aportes de la EIAEA a la técnica arqueológica.

El trabajo de Gamio se llevó a cabo en 1912 en San Miguel Amantla, municipio de Azcapotzalco, y consistió en lo siguiente: "...en un área de 25 metros cuadrados se excava-



ron 18 capas de terreno, fijándoseles un espesor que variaba desde 10 centímetros en las primeras, hasta 1 m 75 cm en la última" (Gamio, 1972a).

Es importante señalar la prudencia con que actuó Gamio en cuanto a la técnica aplicada, ya que la consideró hecha con mayor detenimiento y modelo para las restantes excavaciones. También hacía ver que sus conclusiones no se podían generalizar a nivel regional, pues eran válidas sólo para el área inmediata. Dice así Gamio:

"La excavación hecha en San Miguel Amantla, Azcapotzalco, fue considerada por mí como tipo metodológico, pero no como tipo de sucesión cultural regional, ya que sólo

en un lugar se halló la sucesión estratigráfico-cultural en el orden que antes se indicó. Debe advertirse que hasta esa fecha dicha exca-

vación fue la primera y única que se efectuaba con método científico en el valle de México..." (Gamio, 1972b.)

Manuel Gamio aplicó por primera vez en América la técnica de excavación estratigráfica

mio. No cabe duda de que de esa formación derivó su concepto integral de la antropología, el cual pudo aplicar, a partir de 1917, en su investigación del Valle de Teotihuacan.

La población del Valle de Teotihuacan

En 1917 se creó el Departamento de Arqueología y Etnografía como parte de la Secretaría de Agricultura y Fomento, siendo secretario de la misma Pastor Rouix. Gamio fue nombrado al frente del departamento, que en 1919 cambió su *status*, pasando a convertirse en Dirección de Antropología. Ya

para entonces, Gamio había escrito acerca de su concepción de la arqueología, plasmando los comienzos de su idea de la antropología como ciencia que estudia al hombre. Así, en 1914 escribía lo siguiente en *Metodología sobre investigación, exploración y conservación de monumentos arqueológicos*, obra publicada por el Museo Nacional:

“Las investigaciones tendrán un carácter integral, pues comprenderán el estudio de las manifestaciones culturales, tanto las intelectuales (mitología, ideas estéticas, etc...) como las materiales (construcciones, cerámica, implementos diversos, etc...); el de los restos humanos, el de restos animales y el del ambiente físico biológico local.” (Gamio, 1914.)

Poco después, en 1916, la Editorial Porrúa publicó el libro *Forjando Patria*, que contiene diversos artículos de Gamio entre los que destacamos el que titula “Concepto sintético de la arqueología”, en donde ya está presente su visión antropológica, que expresa así:

“La arqueología es parte integrante del conjunto de conocimientos que más interesa a la humanidad y que se denomina antropología, o sea el tratado o ciencia del hombre. La antropología suministra el conocimiento de los hombres, y de los pueblos, de tres maneras: **1)** por el tipo físico, **2)** por el idioma y **3)** por su cultura o civilización.” (Gamio, 1916.)

Es así como la antropología será la ciencia general que se conforma con diversas disciplinas aplicadas a las diferentes facetas del hombre. Del tipo físico se hará cargo la antropología física, que hoy en día ha ampliado su esfera de estudio de manera relevante, al incluir aspectos genéticos y otros; la lingüística atenderá lo concerniente a las lenguas o idiomas, aspecto que cobró especial importancia en los años sesenta y posterior-



Fueron dos los conceptos de los que Manuel Gamio partió para su estudio: territorio y población

Si en el aspecto particular de la arqueología lo anterior constituía un avance considerable, en lo relativo a la antropología como ciencia general que agrupaba varias disciplinas como a la arqueología misma, la lingüística, la etnología y la antropología física, la escuela desempeñó un papel relevante. Por su mismo carácter y fines, la concepción de Selser y Boas de conjugar estos aspectos en el estudio del hombre fueron decisivos en la formación de Manuel Ga-

res, especialmente con los estudios de Claude Levy-Strauss y su antropología estructural; en cuanto al estudio de la cultura y la civilización, aquella comprende investigaciones arqueológicas de las sociedades del pasado y la etnología de las sociedades del presente que aún conservan sus propios patrones de vida y que no se han incorporado al patrón occidental.

Con estos principios, Manuel Gamio planteó, como parte de las investigaciones de la Dirección de Antropología, una investigación integral de una población específica con el fin de conocerla e incluir las mejoras que fueran necesarias para su bienestar. Para llevar a cabo lo anterior, dividió el país, de manera planificada, en varias zonas: **1)** México, Hidalgo, Puebla y Tlaxcala; **2)** Oaxaca y Guerrero; **3)** Chiapas; **4)** Yucatán y Quintana Roo; **5)** Tabasco y Campeche; **6)** Veracruz y Tamaulipas; **7)** Jalisco y Michoacán; **8)** Querétaro y Guanajuato; **9)** Chihuahua y Coahuila; **10)** Sonora y Sinaloa, y **11)** Baja California. La zona elegida fue la número 1, que comprendía los estados del centro del país, y dentro de ella se escogió el Valle de Teotihuacan, que presentaba características ideales para aplicar en él la idea de una antropología integral.

Dos fueron los conceptos de los que Gamio partió para su estudio: territorio y población. Esta última presenta dos grandes grupos: indios y mestizos, con diferencias socioculturales que evidencian mayor atraso de los primeros en relación con los segundos. Para el caso concreto del Valle de Teotihuacan, Gamio planteaba lo siguiente:

“La población del valle presenta, en sus tres etapas de desarrollo, precolonial, colonial y contemporáneo, una evolución inversa o descendente. En efecto, durante el primer periodo los habitantes de la región ostentaban un floreciente desarrollo intelectual y material, según lo demuestran copiosas tradiciones y los majestuosos vestigios de todo género que nos han legado. La época colonial significó decadencia para la población, que perdió su nacionalidad, pues las leyes, el gobierno, las artes, la industria, la religión, los hábitos y las costumbres aborígenes se vieron destruidos u hostilizados sin cesar por la cultura de los invasores, que poco o nada supieron o quisieron darles a cambio de lo que les arrancaban; apenas si se conservó la raza y la propiedad agraria, aunque bastante mermada, pudiéndose citar, como único florecimiento en esos siglos de oscuridad, el de la arquitectura, obra de españoles influida por las tradiciones artísticas indígenas. Durante el último periodo, o sea desde principios del siglo XIX hasta la fecha, se ha acentuado de modo alarmante aquella decadencia, pues los habitantes han perdido casi en

su totalidad lo único que poseían, que era la propiedad agraria...” (Gamio, 1922.)

La antropología en México nace, pues, a partir de una realidad sociocultural viva, lacerante, que aún hoy perdura. De esa realidad parte la aplicación del método integral que contempla estudiar la población en sus tres etapas de desarrollo —prehispánica, colonial y moderna— para conocer su devenir histórico y, logrado esto, estar en condiciones de auxiliar a la población. Así, a diferencia de otros países, en donde la antropología o alguna de sus ramas sirvieron para fines colonialistas, en México surge como una práctica en bien de los grupos marginados y tradicionalmente explotados.

Los resultados de la investigación fueron publicados en 1922, incluyendo cinco partes y una “Introducción, síntesis y conclusiones” del proyecto, que le sirvió a Gamio para alcanzar el doctorado de la Universidad de Columbia en 1921. La primera parte está dedicada al estudio de los aspectos físico-biológicos del área y al análisis de la flora y la fauna; la segunda está dedicada a la población prehispánica, con los resultados de las excavaciones efectuadas en la Ciudadela y en otros lugares, así como el estudio de cráneos, material cerámico y escultórico. De la arquitectura se incluye el análisis de la distribución, sistemas constructivos, decoración,

Uno de los primeros estudios de antropología física en vivo se practicó en Teotihuacan, con el análisis de las condiciones físico-biológicas de la población

Con los años, las ideas de Gamio se fueron olvidando y, aunque en el membrete se hablaba de las distintas ramas antropológicas, en la práctica se dio un divorcio entre ellas

superposición de estructuras, etc... además del estudio de la fauna y la flora representadas y las creencias, mitos y conocimientos empíricos de los antiguos teotihuacanos.

La tercera parte de la obra está dedicada a la población colonial. En ella se analizan aspectos como el medio geográfico, para tratar a continuación lo relativo a la composición y tipo de población y su vida familiar, alimentación, vestido y salubridad. También se estudia la organización económica del valle y las características del trabajo, ya sea individual o comunal, de mujeres, etc., y los tipos de trabajo: agrícola, hortícola, avícola, ganadería, comercio, industria y oficios. A esto se une la presencia de las órdenes que estuvieron en el lugar: franciscanos y agustinos, así como planos y fotografías de iglesias y conventos y el estado que guardaban en ese momento.

La cuarta parte atiende la población del siglo XIX. Comienza con datos geográficos e históricos, como la participación de la población local en la guerra de Independencia y la división política, el número de pobladores, la vivienda, vestido, costumbres, alimentación, enfermedades, gobierno, justicia, educación, organización económica, la propiedad rústica y urbana, la producción y los impuestos.

La quinta y última parte se dedica a la población contemporánea, y es la más extensa de todas. Se hace un recuento de los medios de comunicación del valle y un estudio geológico, además de los sistemas de

riego, agua aprovechable, condición de la agricultura y de la ganadería. Uno de los primeros estudios de antropología física en vivo se practicó en Teotihuacan, con el análisis de las condiciones físico-biológicas de la población. A esto se agregó la aplicación de un censo por parte de la misma Dirección de Antropología, que dio por resultado una población de 8 330 personas, de las que poco más de la mitad eran analfabetas. Los estudios etnográficos fueron valiosos, pues se incluyeron aspectos religiosos y el ciclo de vida, la vida pública y las artesanías, además de la literatura oral (cuentos, tradiciones y leyendas); la literatura popular de carácter religioso (danzas de moros y cristianos, pastorelas, loas, etc.); canto y música (corridos, alabanzas y estribillos); proverbios y apodos, incluyendo las creencias supersticiosas. A todo esto se agregaron temas de educación regional, organización económica y el problema agrario. La arquitectura contemporánea se estudió desde varias perspectivas, como trazo de calles, saneamiento, casas locales, edificios públicos y las haciendas, sin olvidar estudios del náhuatl hablado en la región y la toponimia indígena.

La investigación anterior llevó a la Dirección de Antropología a introducir una serie de mejoras para la población, que a continuación enunciamos:

1. Instalación de una estación meteorológica.
2. Se hicieron censos agrarios y se solicitaron tierras.
3. Se formularon y distribuyeron folletos para dar a conocer métodos prácticos para mejorar el cultivo y la cría de ganado.
4. Se evitó la tala de árboles y se tomaron medidas de reforestación.
5. Se construyó un nuevo camino a Teotihuacan y a la zona arqueológica. Se estableció la estación "Pirámides" del ferrocarril y se construyó un puente.
6. Se aplicó un censo con nuevas variables.
7. Se vacunó a 1 500 niños y adultos contra la viruela.
8. Se creó una escuela regional de artesanías en la que se distribuía desayuno escolar.
9. A los adultos más destacados en cerámica se les envió a Puebla para que aprendieran la técnica de la talavera.
10. Se instaló un apiario.
11. Se sembraron moreras para crear una industria sericícola.
12. Se trató de hacer comercial la producción de cordeles, tejidos y costales de fibra de maguey.
13. El pintor Francisco Goytia se estableció varios meses

en Teotihuacan para plasmar en pintura el ambiente teotihuacano.

La magnitud de la obra es evidente. Nunca antes se había puesto en práctica una investigación con estos alcances. Una vez publicados los resultados, la obra fue acogida con gran admiración. Transcribo dos opiniones de las más de cien que le fueron enviadas a Gamio y su equipo de colaboradores. La primera dice así:

“El examen de la gran obra *La población del valle de Teotihuacan*, en la que aparecen investigaciones antropológicas hechas en el valle del mismo nombre, obliga a los suscritos a dirigirse al gobierno de México por conducto de Su Excelencia para presentarle nuestra más alta estimación por su actitud hacia este campo de investigaciones que está fomentando y a la manera eficiente en que los estudios están efectuados por la Dirección de Antropología de la Secretaría de Agricultura y Fomento.”

La carta está dirigida a nuestro embajador en Washington, y la firman investigadores de la talla del doctor A. Hrdlicka, del American Museum of Natural History; doctor William Holmes, de la National Gallery of Art de Washington; doctor Silvanus Morley, de la Carnegie Institution of Washington; doctor Herbert Spinden, del Peabody Museum; doctor Clark Wissler, del American Museum of Natural History; doctor Alfred Tozzer, de la Harvard University, y los doctores F. W. Hodge y Marshall Saville, del National Museum of American Indian, Nueva York.

La segunda opinión está firmada por el doctor A. V. Kidder, director del Andover Museum of Massachusetts, y dice así: “Nada semejante a este notable trabajo ha sido hecho con anterioridad. Esta obra contribuirá a difundir y dar aplicación sociológica a una ciencia que ha sido para todos abstracta y poco práctica.”

No está por demás señalar que los firmantes y las instituciones que representan eran los más prestigiados del momento. La segunda opinión capta en todo su sentido el valor del trabajo emprendido en Teotihuacan. No podemos terminar esta parte sin mencionar algunos de los colaboradores de Gamio, entre los que se encontraban biólogos como Moisés Herrera e Isaac Ochoterena; geólogos como Ezequiel Ordóñez y arqueólogos como Roque Ceballos Novelo, Hermann Beyer, Ignacio Marquina y el mismo Gamio. En diversos aspectos destacan los trabajos de Ignacio del Castillo, José María Arreola y Antonio Cortés. Para el siglo XIX se contó con el intelecto de Alfonso Toro y don Lucio Mendieta y Núñez.

En la población actual los de Siliceo Pauer y el mismo don Lucio, y los de Carlos Noriega Hope. En lingüística están los de Pablo González Casanova (padre).

Así, con el pie derecho, comenzó la antropología en México. Eran momentos de cambio y todo ello se hacía a partir del impulso de un movimiento armado popular. Sin embargo, en años posteriores las ideas de Gamio se fueron olvidando y, aunque en el membrete se hablaba de las distintas ramas antropológicas, en la práctica se dio un divorcio entre ellas, como veremos a continuación.

EL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

En el año de 1939 se creó el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), por decreto del presidente Lázaro Cárdenas. Poco tiempo después se le adscribió la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), que por entonces pertenecía al Instituto Politécnico Nacional. El primero fungía como la institución en donde se investigaba acerca de las diferentes ramas antropológicas, además de encargarse de la preservación del patrimonio arqueológico y colonial del país, en tanto que la segunda era el lugar en donde se formarían las nuevas generaciones de antropólogos. Fue así como en la década de los cuarenta surgieron los primeros cuadros de antropólogos graduados en arqueología, antropología física, lingüística y etnología, si bien ésta última algunos años más tarde se ampliaría con

**En 1939 se creó el INAH,
por decreto del presidente
Lázaro Cárdenas**

otra disciplina: la antropología social. Actualmente, también se imparten las licenciaturas de etnohistoria e historia.

Indispensable resulta mencionar que, a raíz de la Guerra Civil española, llegaron a México antropólogos de gran calidad que unieron sus esfuerzos con los locales para llevar adelante la labor antropológica. También llegaron jóvenes que se formaron en la ENAH. Destacamos a don Pedro Bosch Gimpera, prehistoriador, quien había sido rector de la Universidad de Barcelona; Juan Comas y Santiago Genovés, antropólogos físicos; Ángel Palerm, etnólogo; Pedro Carrasco, etnohistoriador; Pedro Armillas y José Luis Lorenzo, arqueólogos, entre otros muy cercanos a las ciencias sociales. También arribaron, por otras razones, investiga-

dores como Paul Kirchhoff, a quien se debe el planteamiento del concepto “Mesoamérica”.

Poco antes de la creación del INAH se había fundado la Sociedad Mexicana de Antropología, el 28 de octubre de 1937. Sus fundadores fueron Alfonso Caso, Wigberto Jiménez Moreno, Miguel Othón de Mendizábal, Rafael García Granados y Daniel Rubín de la Borbolla, entre otros. Su órgano difusor es la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*. En sus mesas redondas se discutía en torno a problemas de índole antropológica. La primera de esas mesas, en 1940, trató el asunto de Tula y los toltecas, motivada por los hallazgos que don Jorge Acosta había realizado en la ciudad tolteca y con los que, en unión con los estudios etnohistóricos de don Wigberto Jiménez Moreno, se aclaraba lo relativo a Teotihuacan y Tula.

Aunque el nombre “antropología” se continuaba utilizando, la verdad era que el carácter integral que Gamio le impregnó a la ciencia antropológica vino a menos. Los tiempos habían cambiado y cada rama se individualizó. Lo anterior es de lamentar, pues uno de los aportes de México al mundo de la antropología fue, precisamente, la visión integradora de una antropología aplicada a estudiar problemas sociales y a plantear la manera adecuada de resolverlos. Aunque se realizaron estudios y análisis de gran calidad e interés, el desmembramiento de las disciplinas llevó a mostrar cada vez menor atención en resolver los graves problemas nacionales en los que la antropología mucho habría ayudado y a hacer hincapié en alguna de las ramas, como la arqueología.

A finales de los años sesenta empezaron a manifestarse ideas contrarias a la manera en que se aplicaba la antropología en México. Para ese entonces y desde varios años atrás, la arqueología había derivado hacia la reconstrucción monumental de edificios, si bien se habían puesto las bases fundamentales para la cronología sustentada, especialmente en secuencias cerámicas. La lingüística había dado aportes como los principios de la glotocronología, sustentada por Mauricio Swadesh, y la antropología física atendía esencialmente las evidencias óseas de la población prehispánica, a la vez que se desarrollaban investigaciones sobre el crecimiento infantil, como el efectuado por Johanna Faulhaber.



A raíz de la Guerra Civil española, llegaron a México antropólogos de gran calidad que unieron sus esfuerzos con los locales para llevar adelante la labor antropológica

La antropología social realizaba estudios de situaciones conflictivas entre diversos actores sociales. Pero fue en esa década cuando se empezaron a manifestar corrientes en contra de lo que prevalecía.

La primera de ellas se dio en el Proyecto Cholula, coordinado por Miguel Messmacher, mediante el cual se pretendió aplicar una antropología integral inspirada en los principios de Manuel Gamio pero a la luz de los avances de la ciencia social. En 1967, el proyecto se desintegró al oponerse a él la corriente tradicional de la antropología encabezada por don Alfonso Caso.

En 1968 estalló el movimiento estudiantil que fungió como un parteaguas, a partir del cual se cuestionó el porqué y el para qué de las ciencias sociales en general y de la antropología en particular. En 1970 se publicó el libro *De eso que llaman antropología mexicana*, con colaboraciones de antropólogos sociales como Guillermo Bonfil, Arturo Warman, Margarita Nolasco, Enrique Valencia y otros más, de donde devino lo que se llamó corriente crítica, que tuvo su máxima expresión en la obra de Guillermo Bonfil *México Profundo*, tan llena de realidades como de utopías.

Actualmente, la antropología continúa adelante y tiene presencia dentro del campo de las ciencias sociales. Basta mencionar que buen número de antropólogos ha destacado de manera relevante y ha aportado, dentro de su disciplina, estudios teóricos y prácticos que les ha valido el reconocimiento a nivel nacional y, en algunos casos, internacional. Así, se cuenta con varios premios nacionales como Alfonso Caso (1960) Santiago Genovés (1962), Ignacio Bernal (1969), Gonzalo Aguirre Beltrán (1977) y Román Piña Chan (1994); maestros eméritos en la UNAM y en el INAH como Juan Comas, Santiago Genovés, Román Piña Chan, Fernando Cámara, José Luis Lorenzo, Arturo Romano, Beatriz Barba, Sonia Lombardo, Doris Heyden, Eduardo Matos, Julio César Olivé, Leonardo Manrique, Beatriz Braniff, Margarita Nolasco, Francisco González Rul y Constantino Reyes. En El Colegio Nacional estuvieron don Alfonso Caso, miembro fundador de esa institución, don Ignacio Bernal y Eduardo Matos Moctezuma, los tres arqueólogos. Por su parte, la UNAM tuvo como rector a don Alfonso Caso, y la Universidad Veracruzana a don Gonzalo Aguirre Beltrán.

La antropología en México tiene, pues, historia propia. Una historia que ha estado relacionada con investigaciones importantes que mucho han aportado a las ciencias sociales y a las humanidades. Una historia en que están presentes ins-

tituciones de reconocido prestigio que han fomentado la investigación y, en su caso, la protección del patrimonio cultural de la nación. Una historia, en fin, siempre relacionada con el estudio del ser humano.

BIBLIOGRAFÍA

- Gamio, M. (1972a), "Arqueología de Azcapotzalco, D. F"., en E. Matos Moctezuma (compilación e introducción), *Manuel Gamio, Arqueología e Indigenismo*, México, col. SEPsetentas, núm. 24, pp. 54-69.
- Gamio, M. (1972b), "Las excavaciones del pedregal de San Ángel y la cultura arcaica del Valle de México", en E. Matos Moctezuma (compilación e introducción) *Manuel Gamio: Arqueología e Indigenismo*, México, col. SEPsetentas, núm. 24, pp. 70-89.
- Gamio, M. (1922), *La Población del Valle de Teotihuacan*, México, Secretaría de Agricultura y Fomento, 3 vols.
- Gamio, M. (1916), *Forjando Patria*, México, Editorial Porrúa.
- Gamio, M. (1914), *Metodología sobre investigación, exploración y conservación de monumentos arqueológicos*, México, Imprenta del Museo Nacional.

Eduardo Matos Moctezuma es maestro en arqueología y antropología por la ENAH y la UNAM, respectivamente. Ha realizado trabajos arqueológicos en Comalcalco, Tepeapulco, Bonampak, Cholula, Coacalco, Tlatelolco, Teotihuacan y Templo Mayor, entre otros. Recibió las Palmas Académicas, que otorga la Universidad de Francia; la Orden Nacional al Mérito y Caballero de Letras y Artes, ambas del gobierno francés. Recientemente fue nombrado Profesor de Investigación Científica Emérito por el INAH (Museo del Templo Mayor), donde actualmente desarrolla su investigación.